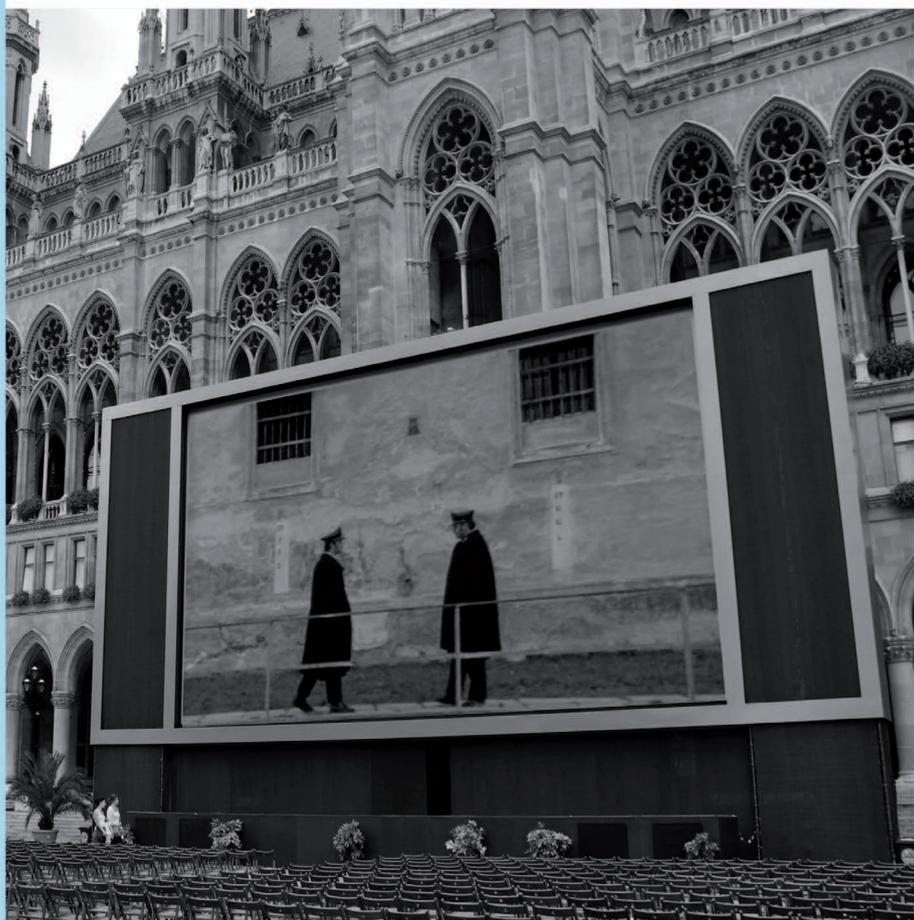


THOMAS BERNHARD

El Kulterer



El Kulterer

COLECCIÓN
LITERADURA

Thomas Bernhard

El Kulterer

Traducción y prólogo de Miguel Sáenz



Primera edición: enero de 2019

Título original: *Der Kulterer: Eine Filmgeschichte*, 1974

©1974 Residenz Verlag GmbH Salzburg – Wien
*Derechos de traducción acordados con Residenz Verlag
a través de International Editors'Co.*

© de la traducción y del prólogo: Miguel Sáenz, 2019

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2019
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-949115-1-4

Dep. Legal: M-42303-2018

Maquetación de interiores: © Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *El Kulterer en Viena*

Producción gráfica: Gohegraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El Kulterer

LAS PELÍCULAS DE THOMAS BERNHARD
(*prólogo de Miguel Sáenz*)

FERRY RADAX, QUE FILMÓ uno de los dos únicos guiones cinematográficos que Bernhard escribió en su vida (el otro es *El italiano*), se preguntaba en 1994: «¿Qué tiene que ver Bernhard con el cine?», y su respuesta era: «Bastante poco». Hoy, los herederos de Bernhard juran y perjuran que Bernhard no quería saber nada de la adaptación de sus novelas y relatos al cine.

Habida cuenta de la fantasiosa interpretación que se dio a su testamento y de que no hay ningún texto escrito por él que acredite lo que afirman, la conclusión podría parecer un tanto apresurada. ¿Por qué un relato de Bernhard puede dar lugar a una inmensa obra de teatro y no a una gran película?

La verdad es que Thomas Bernhard, en su juventud, cuando colaboraba en el *Demokratisches Volksblatt* de Salzburgo, ejerció la crítica de cine (1952-1955). El joven Bernhard no había oído hablar del cine de autor y creía que la misión de un director de cine no era otra que citar a los artistas en un lugar y decidir luego dónde poner la cámara. En general, no le gustaban las películas norteamericanas de «gánsteres y vaqueros» y, con sorprendente moralismo, les atribuía la alta tasa de delincuencia de la posguerra en Austria. Dicho sea en su favor que supo apreciar películas como *Carrie* de William Wyler (1952) y que, por lo menos, elogió los espléndidos paisajes de Anthony Mann.

Sin embargo, su cine preferido en aquellos años fue el de los grandes actores del cine alemán y austríaco: Curd Jürgens, Heinrich George, Karlheinz Böhm, Jan Kiepura, Heinz Rühmann, Gert Fröbe, Willy Fritsch... Y Paula Wessely, Martha Eggerth, Zarah Leander, Marianne Hold, Christine Kaufmann y Kristina Söderbaum. El cine —como el teatro— era cosa de actores.

La historia de *Der Kulterer* es curiosa. Comenzó siendo un relato llamado *El cartero*, en 1963, que se convirtió en *El Kulterer* en una antología publicada en alemán en 1969, con el título del quizá más famoso de los relatos en ella

contenidos: *En la linde de los árboles*. Hay que señalar que el nombre de *Kulterer* lo tomó Bernhard (muy típico en él) de un amigo suyo escritor (Hubert Fabian Kulterer), a quien no le hizo mucha gracia, porque jamás había pisado una cárcel. (El «*der*», por cierto, es en este caso un artículo populachero, como cuando en español se dice «el Ramírez».) El muy joven Thomas Bernhard se muestra ya en ese relato como un auténtico maestro de la prosa.

Vojtěch Jasný, director de cine checo de una época privilegiada de ese cine, y conocido en España sobre todo por su película *Un día, un gato*, se interesó por el relato de Bernhard e hizo para las televisiones austríaca y alemana una película basada en el guión que escribió en 1973 el propio Bernhard. Helmut Qualtinger, actor austríaco super famoso, desempeñó el difícil papel del Kulterer, dándole un toque de autenticidad.

El relato original de Bernhard permanece hoy incólume. Su «guión», curiosamente, parece estar escrito por alguien que está viendo una película y no por alguien que escribe un guión para hacer una película.

Los cinéfilos tienen la palabra. Los aficionados a la prosa de Bernhard se verán gratamente recompensados de todas formas.

El Kulterer
(relato y película)

*Hacia todo lo que hacían los otros; sin embargo,
había en su interior un espantoso vacío,
no sentía ya miedo, ni deseo, su existencia
era para él una carga necesaria...*

BÜCHNER

EL KULTERER
(*relato*)

CUANTO MÁS SE ACERCABA el día de su puesta en libertad en el establecimiento penitenciario, tanto más temía el Kulterer volver con su mujer. Llevaba una existencia encerrada en sí misma y totalmente inadvertida por sus compañeros, y pasaba su tiempo libre, que en el establecimiento era con frecuencia demasiado largo —porque normalmente solo trabajaban de cinco a seis horas diarias en las impresoras—, escribiendo ocurrencias o, como él pensaba, «pensamientos insignificantes», de los que se ocupaba casi sin interrupción. Por aburrimiento, y porque de otro modo hubiera tenido que desesperarse,

leía con frecuencia para sí mismo historias y relatos breves por él imaginados, *El gato*, por ejemplo, o *El dique seco* o *Los palmípedos*, *La hiena*, *La administradora de la propietaria de la finca*, *El lecho mortuario*. La mayoría de las veces, esas historias se le ocurrían de noche y, para no perderlas, tenía que levantarse en la oscuridad y, mientras sus compañeros de celda dormían, sentarse a la mesa y, en esa misma «terrible oscuridad», anotar lo que se le había ocurrido. Sucedió también que, inmediatamente, sin mucha preparación, podía escribir hasta el final toda una historia, y se alegraba de ello, porque sus historias no soportaban ser interrumpidas por ningún incidente; si tenía que interrumpirse en medio de una historia porque alguno de los tres reclusos que vivían con él en la celda se había fijado en él y lo había echado de la mesa, la historia se perdía. Sin embargo, con el tiempo había desarrollado un método tan silencioso para levantarse de su jergón y sentarse a la mesa que, aunque no durmieran muy profundamente, no lo notaban. Apenas había noche y, en el último año y medio ninguna ya, en la que no se despertara por alguna ocurrencia o aunque solo fuera un pensamiento, una insinuación de pensamiento. Llamaba a su escritura «mi pasatiempo»,

le sobrevenía como a otros sobrevienen los sueños, y le resultaba tan frágil como los sueños.

Empezaba a hablar casi siempre diciendo «Sisí, lo sé...», y decía, por ejemplo: «Sisí, lo sé, es difícil...» o «Sisí, lo sé, puede salir mal...» o «Sisí, lo sé, señor guardián...». Pero en realidad no hablaba si no le preguntaban, y se ponía enseguida firme cuando aparecía el guardián, al principio anunciado solo por el ruido de la porra, que parecía atronar en los pasillos, luego por los pasos de sus botas, cada vez más significativos y fuertes y finalmente poderosos por encima de las impresoras. Hacia el Kulterer, que tenía que contar, empaquetar y atar los distintos impresos que salían de las impresoras, se sentía el guardián bien dispuesto, porque, a diferencia de los otros reclusos, en su mayor parte recalcitrantes, era un hombre tranquilo que, al parecer, no tenía pretensiones y obedecía estrictamente todas las instrucciones y órdenes y estaba también realmente contento con todo, salvo consigo mismo. Y cuando el guardián le dijo que fuera a verlo después del trabajo, porque habían llegado una carta y un paquete para él —«también una carta», le habían dicho—, el Kulterer dijo, poniendo las manos en los muslos: «Sisí, lo sé, señor guardián». «¡Muy bien!», dijo el guardián, al que no

se escapaba nada y al que todos temían, de arriba abajo, y miró por encima de la cabeza del Kulterer a la gran sala de la imprenta, en la que hacía tiempo que las máquinas y los reclusos habían callado, y solo de vez en cuando rezongaba al fondo, apenas perceptible, alguno de los jóvenes, de los recién ingresados. El Kulterer temía que alguno de esos imprudentes se hiciera notar, y deseaba que no fuera así. Uno de esos excesos, que acabara, por ejemplo, con la palabra «cerdada», suponía inmediatamente una intensificación del castigo, no solo para quien se hubiera permitido una expresión así, sino también para todo el personal. Inmediatamente, la jornada de trabajo se alargaba al menos una hora, y había toda una serie de lo que se llamaban «prohibiciones forzosas». Se suprimían los paseos fuera de los muros del establecimiento y se apagaba la luz ya a las siete y media en lugar de a las nueve.

«¿A quién le han asignado el servicio de letrinas?», preguntó el guardián. Se presentaron los tres designados, entre ellos dos de los nuevos. «Hoy comenzaremos una hora antes», dice el guardián. Controla el trabajo, va de un hombre a otro, pero ese día no tiene nada que decir. Podían seguir trabajando, dice, y las máquinas, que en el momento en que entró el guardián se pararon, enseguida,

comenzaron a funcionar otra vez, y el traqueteo y el golpeteo, que hicieron temblar todo tan amortiguadamente como era posible, llenaron la sala deliberadamente muy oscura, en esa época del año casi en tinieblas. Volviéndose hacia el Kulturer, el guardián le dijo que su condena terminaría pronto. Él, el guardián, había apoyado «obstinadamente» la puesta en libertad del Kulterer. Lo dijo con claridad y tan alto que todos lo oyeron. Ellos, sin embargo, no reaccionaron, estaban absortos en sus máquinas, en el papel que fluía sin cesar, y una risa que estalló al otro extremo de la sala, para enmudecer enseguida, tenía por motivo otra causa, no el Kulterer. «Sisí, lo sé, señor guardián», dijo el Kulterer.

Era una imprenta magníficamente montada, en la que se hacían toda clase de impresos imaginables, exclusivamente para fines estatales, para los ministerios. Se imprimía allí toda clase de diplomas escolares. Trabajar en la imprenta, unida directamente al edificio del establecimiento, una construcción nueva deliberadamente oscurecida, suponía un favor para los que trabajaban allí. En el establecimiento penitenciario había un montón de trabajos primitivos, más bien difícilmente soportables. No estaba totalmente claro con qué criterio se asignaba

un trabajo u otro. Se podía ser trasladado de un grupo de trabajo a otro. Se podía ser enviado a un trabajo más duro o más sucio o más duro y más sucio si uno se dejaba reprochar algo, si no respondía a las esperanzas que, desde el punto de vista de la vigilancia, se habían puesto en él. Se podía ser asignado a un trabajo más ligero y más agradable, no tan maloliente (como, por ejemplo, la tintorería), si se cumplían las esperanzas puestas en uno y uno se sometía al orden del establecimiento. Sin embargo, primero, el día de su acogida en el establecimiento penitenciario se asignaban a todos siempre los trabajos más agradables. Se puede decir incluso que la vigilancia ponía en cada recién llegado cierta confianza por encima de un límite determinado. Sin embargo, esa confianza era traicionada y aprovechada por la mayoría de la forma más grosera. El privilegio de quedarse en la imprenta o en la cocina o en la zapatería, en la sastrería o en la oficina solo lo conservaban muy pocos más de un tiempo muy breve. El Kulterer, menos por su habilidad que sencillamente por su incapacidad para rebelarse o participar en algún complot, en alguna conspiración, en los últimos tiempos dirigidos todos en definitiva contra el personal de vigilancia, había conseguido permanecer desde el principio

en la imprenta. Si hubiera tenido la idea de pensar en ello, habría podido constatar que era el único que había sobrevivido un plazo tan largo como año y medio en la imprenta del establecimiento. Durante todo ese tiempo no había habido ninguna reclamación contra él, nadie del establecimiento se había quejado nunca de él, ni por parte de la vigilancia ni por parte de los reclusos. Nadie se enemistó nunca con él ni le tuvo siquiera un principio de ojeriza. Sin que él mismo supiera cómo era posible, con frecuencia podía mediar en grandes tensiones entre los reclusos y la vigilancia, incluso en enemistades declaradas entre esos dos grupos de poder. Él mismo era quien menos podía explicarse ese influjo por su parte en semejantes circunstancias, a menudo horribles, para él espantosamente penosas y que llegaban al límite de lo soportable. Pero también para los otros esas «monstruosidades», como calificaba las amenazas mutuas entre la vigilancia y los reclusos, que aparecían de pronto, aquí o allá, eran un enigma; nadie encontraba en él lo más mínimo de especial, dejando aparte que veían en él a una persona notablemente modesta. Discreto, no les parecía nunca ridículo. Lo encontraban tan indiferente que tenían a menudo la sensación de tener que ayudarlo, aunque

nunca sabían *cómo* ayudarlo. Pero en ese sentimiento los engañaba, porque, como tuvieron que comprobar poco a poco, se habían acostumbrado a él, muy superior a ellos, en casi todos los aspectos, sobre todo en los más sencillos, cuando no se trataba de nada y por ello tenían la mayor significación. Era extraño: lo trataban como si no hubiera que tomarlo muy en serio, y sentían al mismo tiempo un gran respeto cuando entraban en contacto con él. Sacándolos de la ridiculez en que se movían y que a veces les daba abundantes ocasiones de gritarse y despreciarse, cuando no había ya nada que despreciar, en la desesperación que a veces los dominaba a todos poniéndolos furiosos, despertaban con frecuencia a causa de él, que en la oscuridad de la habitación casi en tinieblas se volvía hacia ellos y decía: «Sisí, lo sé...». ¡Cómo se avergonzaban en esos instantes incluso hombres que rebosaban sangre fría y fuerza física y en los que no se habría sospechado ningún sentimiento de esa índole! Se podría exagerar ese pensamiento y afirmar que el Kulterer había evitado una y otra vez alguna herida grave, incluso un asesinato. En medio de la suciedad y de un idealismo estancado, en medio de la cerdada, la calumnia y la avaricia, él era un contrapeso. Cuando se pegaban —a menudo no podía

evitar ese espectáculo, que le causaba un dolor espantoso—, parecía que solo lo brutal era viable y todo lo demás enfermizo y obsceno. Entonces veía profundamente el desorden, y que no podía acabar con lo inevitable, de una forma bárbara. Sentía, quedándose a un lado, lleno de dolor, como impulsivamente, que en su inconsciencia mentalmente trastornada pensaban en la destrucción de los elementos en su derrota prevista de antemano.

Siempre le había venido bien la circunstancia de no tener pretensiones. Sin duda, como todo ser humano, había sentido la necesidad de mejorar su existencia, de liberarse de circunstancias que también a él le parecían estrechas; pero no quería, al precio de la más mínima violencia, dejar salir la menor huella y forzarla en algún otro lado, en un logro que, como sentía instintivamente y creía también, sencillamente no le convenía. Durante toda su vida había tenido a su disposición un espacio pequeño, sí, incluso totalmente insignificante visto desde fuera, diminuto, ridículo, pero trataba siempre de llenar cuidadosamente ese espacio, aunque con el tiempo en definitiva habían estado allí sus sueños solos y colgados allí del cielo, para llenar el espacio y el tiempo de su persona, capaz incluso de decorarlos con urgencia. Se habría podido